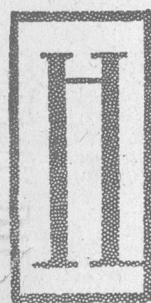


EL EMBRUJO DE LIMA

Lima, Septiembre de 1934



que soportar el grito de alerta y las miradas burlescas de los soldados de uniformes grises.

Sin embargo, como estoy frente a su palacio blanco y rosa, aguardo impasible.

— ¡Adelante! No tema, señor, lo dejaremos solo con esa mujer — me dice irónico el oficial de guardia.

Es un hombre amable y atormentador a la vez; en el oído persisten sus despectivas palabras "esa mujer" pronunciadas con un realismo que hace crecer mi emoción.

— ¿Es su misma casa? — pregunto, temiendo deshacer esta atmósfera que he forjado.

— Lo sigue siendo — me contesta — aunque momentáneamente es el Cuartel de la Guardia Civil. Y después, agrega, sonriendo: ¡Lástima que no todos los señores la visiten como usted! Hay algunos que vienen por complotar contra el Gobierno.

Siento un malestar físico, detenido ya más de lo indispensable frente al alirado balconaje, y creo observar que los bellos ojos del fantasma se chancean de los reparos del cuerpo de guardia. Apremiado por una impaciencia extraña en mí, entro en su Triunfo y la busco en vano en los salones vacíos, donde el eco de las pisadas parece acechar las buenas intenciones que traigo. Después de ella, ¿quiénes habitaron esta mansión. Insuflando en sus paredes doradas a fuego un espíritu maligno? Porque éste es el centro genuino del mundo en que su cuerpo pecador se convirtió en

una lámpara de alabastro. En los entarimados y en los techos de caoba hay reflejos desvaídos de su sombra inmediata. Sí, estoy seguro de que aparecerá ella. Hay en la casa un fluído favorable que me lleva por la escalinata de piedra a la galería alta, de columnas y arcadas morunas, a esas habitaciones que no tienen la severidad de las del piso bajo, ni las dobles murallas, ni las alacenas como cuartos de tormentos. Aquí llegan bocanadas de aire perfumado a jazmín y la vista se hunde deliciosa en un jardincillo cercado por tapias de serrallo.

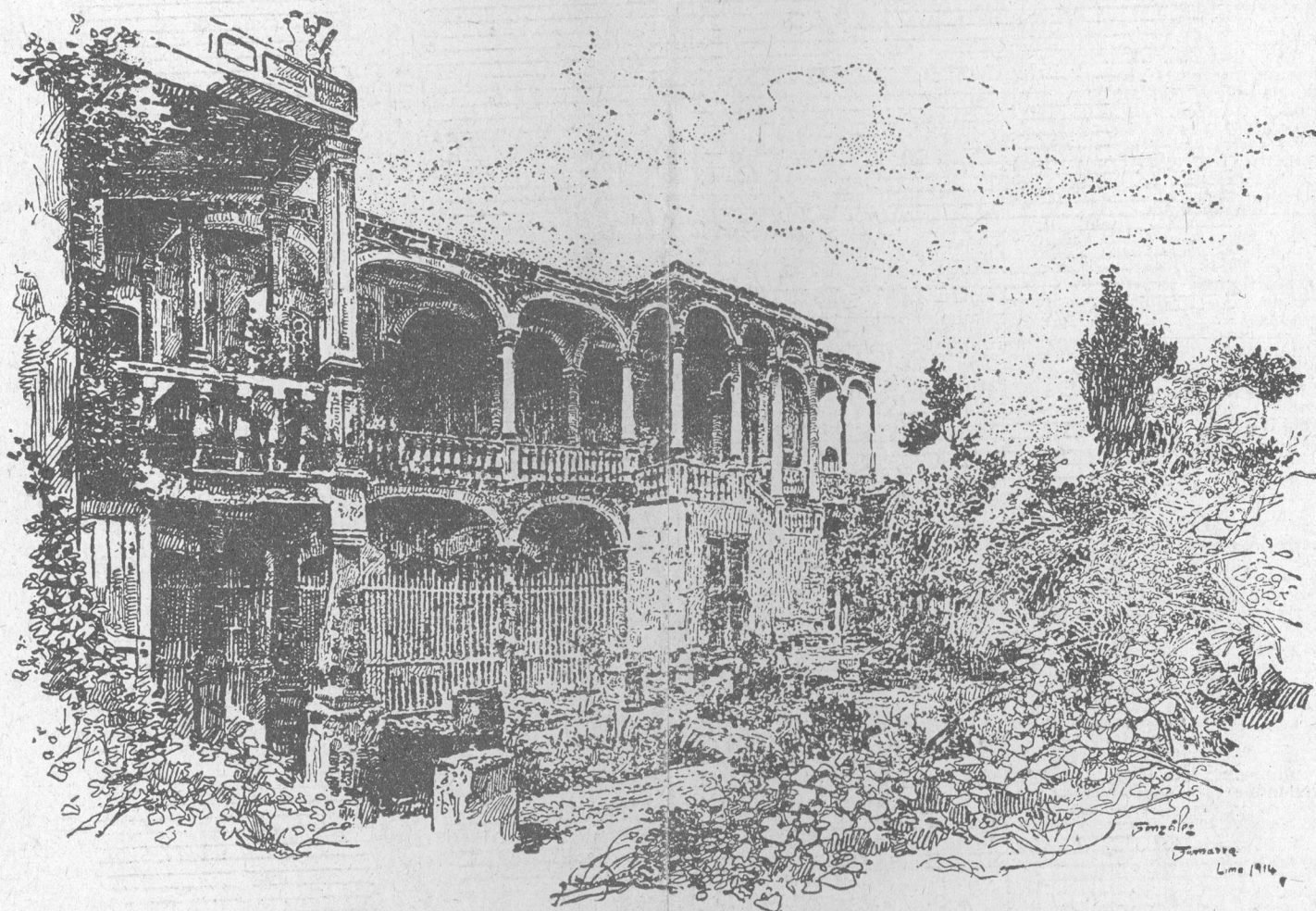
Me quedo indeciso, sin moverme, tras una columnata. Es un ruido casi imperceptible el que escucho, como si hubiesen abierto de a poco las puertas del acueducto que circunda la casa, y el agua penetrase arrastrando las hojas y ramas secas del descuidado jardín. Pronto el agua se hace bulliciosa y la corriente crece, se ensancha y lame las arcadas del patio. El agua, al volver a su cauce amoroso, pasa como un símbolo de vida, rompe el silencio del palacio para afirmar su duración, el eterno renovarse de la existencia. Y es así cómo viene de más lejos, de entre el bosquejo de la huerta, una risa fresca y juvenil, de mujer que se zambulle en una piscina, y alarga el deleite del agua sobre su cuerpo, y grita, y chapotea.

Escudriño azorado. ¿Será ella el fantasma que busco?

Y descendiendo rápido, y penetro decidido por el camino real del jardín, hasta la glorieta de aría italiana, que oculta la fuente, y como no la veo en el encantamiento, subo por la escalerilla hasta el cuartillo cerrado donde acaso se viste

te está seca; los jarrones no tienen flores y las estatuas alegóricas

Por
Sady Zañartu



presurosa, asustada por mi intromisión.

Y allí me quedo, empujándola inútilmente, hasta que una voz me grita:

— ¡Señor, cuidado, que eso está por derrumbarse!

He vuelto a la realidad. La fuente

se caen a pedruzcos. Sólo al fondo del jardín, de un semicírculo de azulejos, sobre un pedestal, parece anirarse una cabeza de líneas puras, un óvalo perfecto, de ojos casi inmensos; de nariz pequeña y fina; de boca de labios levantados irresistibles; y el

peinado profuso cae en rizos sobre los hombros.

El oficial de guardia ha venido donde yo estoy, amable y atormentador.

— Pues, esa mujer — me explica — se bañaba todas las tardes en esta

— ¿Usted parece que no la quiere mucho?

— ¿Querirla? — me contesta despectivo. ¡Usted cree que se puede querer un fantasma que no nos deja dormir tranquilos en el Cuartel, el sueño reparador! Lo invito cualquier día de estas noches a pasearse por el jardín. ¡Si esa mujer así mortifica después de más de cien años de estar enterrada, con razón la llamó el Virrey Amat, en su catalán cerrado, "perri-choli"! ¡Perra chola tenía que ser!

— Sin embargo, sus contemporáneos dicen que fué una mujer encantadora, que tuvo toda la sabiduría y la gracia de la limeña. ¡Esta misma casa revela su gusto refinado!

— ¡Pues no me entra!

— Evoque usted — prosigo — su vida, y encontrará una naturaleza dulce y misteriosa. ¡Aquel rasgo sublime que ha pasado al drama! La escena del paso del Sagrado Viático. ¿No es un arranque el suyo que enternece? Su corazón se desgarró al contraste de su esplendor de cortesana con la pobreza del Hombre-Dios, de su orgullo humano con la humildad divina; y descendiendo de su carroza dorada hace

subir al modesto sacerdote que lleva en sus manos el Cuerpo de Cristo. Recuerde que después no quiere profanar el carruaje que ha sido purificado con la presencia de Dios y lo regala a su parroquia con las sayas y libreas, mientras ella arras-

tra por las calles sus encajes y brocados.

— ¡Gesto de comedianta!

— ¡De gran actriz!, dirá, que lo fué Micaela Villegas en una época en que los papeles de mujer, en el drama clásico español, tenían escaso interés. Sólo los hombres eran héroes entre las contradictorias exigencias del honor y la pasión. ¡Cuánto le deben las mujeres de su tiempo a esa comedianta que hacía trepidar a todo el público cuando la dama era la ultrajada. Su vida galante era un producto de las costumbres de entonces; las mujeres pasaban a través de la vida con dos ideas fijas; primera, que todas las desgracias que podían ocurrirles se debían al simple hecho de no tener bastantes atractivos para obligar al hombre a su mantención; segunda, que todas las caricias de este mundo no significaban en comparación de sus caricias.

— Pues, ni con todo lo que me dice me entra esa mujer — continúa, testarudo. Es aucha en tormentos. ¡La he sentido varias noches cuando me ha tocado ronda! Venga usted y verá cosas espantosas que no le deseáramos a nuestros presos políticos. Nada de recuerdos galantes, ni de fiestas venecianas en el acueducto, ni de Venus saliendo del baño, ni de arrepentimientos en el oratorio... Que en este jardín permanezca con ella todas las mujeres bribonas de esta tierra... En vez de bujías, durante la cena, hay fuegos fatuos... ¿Entierros?... ¿Ejecuciones posteriores? ¡Ciento cincuenta años no son pocos en la historia de un país y la casa de la Perri-choli no se ha librado de su destino... ¡Bondo regalo de un Virrey!

Y ha soltado una carcajada desconcertante; y fino, amable y atormentador, me deja en la puerta.

Antes de salir soplan una aventura lastimosa del oficial: lo han visto salir de adentro, a gatas, dolorido por clavaduras invisibles, ni más ni menos como salía el gran Virrey de los aposentos de la Perri-choli a buscarle agua a la fuente de plata...

frente y arriba de la glorieta el Virrey vigilaba leyendo versos de Calderón.

— ¿Era celoso?

— ¡Razonable, más bien, señor, razonable!... Ya le voy a mostrar una entrada que esa mujer tenía para hacer escapar a su amante.